

AUN A OSCURAS

De la colección «I Quaderni Della Valle», dirigida por Emilio Coco, Levante Editori, Bari, acaba de salir *Anche se al buio* (*Aun a oscuras*) de Dionisia García. La traducción del español al italiano es del coordinador de la obra, Emilio Coco —conocido, quizá, más en España que en Italia por su empeño de difundir la obra de los autores españoles clásicos y modernos en Italia, y las obras de los italianos en tierra española— que con su absoluta fidelidad al texto ha expresado en nuestra lengua el animus y el alma, que, como diría H. Bremond, levita la palabra poética de García comunicándonos las visiones y las emociones intactas de la misma.

La colección lleva el título de la sexta de las veinte líricas que forman parte de *Aun a oscuras*. En los dos últimos versos de esta poesía podemos leer:

Porque al final vences Tú, y aun a oscuras,
acompaña tu ausencia.

(pág. 21)

Aquí encontramos la clave para leer todo el conjunto. El “Tú”, siempre evocado e implorado, es algo aparentemente no necesario pero necesitado, es el totalmente Otro y el muy Cercano. El que no acabamos nunca de acoger y el que nos alcanza y conquista definitivamente. Dionisia casi nunca lo llama por su nombre. Tal vez por pudor instintivo y por sentimiento innato de indignidad.

Todo esto empezó «otro día de hace ya muchos años» (pág. 9). La experiencia de este encuentro, que ha generado una nueva visión y una nueva forma de sentirse a sí misma y a las cosas, es la única certeza, el punto de referencia en el camino diario lleno de preguntas que surgen de su interior y de su entorno. «Camino sin respuestas» (pág. 9). A lo mejor, no son necesarias y tampoco se pueden exigir. Pero tal vez «crece el tiempo» para que las preguntas no caduquen en «marchitas apuestas» (pág. 11). Aquellas preguntas son la prueba segura de que hubo un encuentro, y esa certeza hace que todas las esperas se vuelvan insoportables.

El Otro llega aun y siempre tan deseado «más que la oculta luz» (pág. 11), se pone siempre un paso por delante: para avivar «el cansado entusiasmo» y «para seguir serena / hacia el lugar que llama en lo secreto» (pág. 11); «las insistentes sombras» (pág. 11) no tienen que parar el camino. Hay que agradecerle en secreto cada visita suya, gozar de la luz y del perfume de este «jazminero» y cargando con «un cuerpo malogrado» reposar «en el hombro de

Dios / lastimado» (pág. 13). Bellísima y extraordinariamente feliz, la lírica “Intento fiel”:

En el camino estás, juntos andamos
la verdad siempre en tránsito,
y detenerla intento entre estos muros,
donde la humana voz acerca la noticia
que la razón demora.

Al caminar me adentro en la constante espera,
en ese intento fiel que la pasión aviva
hasta encontrar sentido
a este día que habito, al de mañana.

(pág. 15)

La búsqueda de la verdad no da tregua, está siempre en tránsito, no se conforma con las anteriores llegadas, continúa —«*en ese intento fiel que la pasión aviva*»— hacia la meta final, solo en él (en el Tú) podrá descansar quien la persigue, poseerla y ser poseído por ella completamente. Pero nadie puede ser un viandante solitario. El camino hacia el cual el hombre es llamado a la visión y la posesión del misterio de la ausencia —presencia que incumbe en su alma, la de cada hombre, la de los cuerpos humillados y la de los rostros que ya no quieren nada—, es el camino del «amor perdido». La prolongada búsqueda de las razones de tanta ruina, mientras «el hombre debió ser en la alegría», le corresponde «el desasosiego del silencio», eso es, como la respuesta que devuelve cada uno a sus propias responsabilidades entre las cuales está también la necia insistencia de querer «arrebatar» lo que queda, «el don»: arrebatar con la razón el misterio, planificar el futuro, inventar al hombre sin ilusiones y sin problemas (pág. 17). Hay que seguir por este camino «aun a oscuras», «con pesar vivo alerta», «y la extrema paciencia de buscarte»; «como el enamorado», es necesario acercarse al Tú que nos acosa y vencer las dudas, y dejar los reproches (pág. 21). Eso es:

... hay que acercarse más,
y no dar por perdida la inocencia.

(pág. 23)

En su *itinerarium in absconditum*, García, dialogando consigo misma, observa:

... nos vamos sintiendo más ajenos
al entorno que pasa,

sin que acompañe un íntimo latido,
el eco de una voz ahora necesaria.

(pág. 27)

«Quisiera confiar con Teresa, / como Juan de la Cruz» esperando que Dios tenga un hombro en donde apoyar su cabeza cansada y una mejilla en donde dejar un beso (pág. 33). Camina en las tinieblas de la inconsciencia; hambrienta de una mirada y de un latido:

... vuelvo la mirada por si estás a mi espalda,
y no han sabido verte mis descuidados ojos

(pág. 33)

La memoria que ilumina «los encuentros aquellos / nuestro pasar de ahora», cuando llegaba la noticia: «¡Es el Señor!», «a la hora de compartir el pan» (pág. 35) sostiene el paso cansado. El camino hacia Dios nos une a todos, somos «pasajeros de un único trayecto», la «niebla» cede solo «al transitar en ella» (pág. 37):

Se acostumbran los ojos a cuanto ya no alcanzan,
y esperan la alegría de un leve resplandor,
un asomo que acaricie la búsqueda
y sustente la firmeza precisa,
tantos años alojada en el ánimo.

Pero el peso indescriptible de la ausencia se redime gracias al «Gozo inesperado» (pág. 39).

... el sol atravesaba las ramas del granado,
y hasta mi cuarto llega como sumiso bien.
En paz está la casa.

(pág. 41)

Claro, el ruido, la lucha, los desconsuelos del alma pueden inquietar con la duda si es Él que en «El silencio» que «se impone y todo lo mitiga» está presente o si, al contrario, es necesario «governarnos entre escasas dulzuras» (pág. 41). Entonces es duro estar guiado sólo por sombras. Pero el alma enamorada resiste: «Yo quedo, como siempre, sin ti y a tu cuidado» (pág. 45). Y «aspiro a celebrar tu permanencia» (pág. 47). Porque «el andar vacilante, casi a ciegas, / puede impulsarnos más a lo escondido» (pág. 49). Y aquí está la conclusión de este

diario de viaje que se manifestará completamente solo «en la orilla», en la orilla de la eternidad:

Habito en el silencio, casi me siento cómplice,
y por eso me avengo a la mudez,
al jugo de tu nombre: te delecto, Dios,
te delecto.

(pág. 49)

Al comienzo de la colección, la autora ha querido citar un pensamiento de Simone Weil, una de las más grandes pensadoras de nuestro tiempo: «La mente debe estar vacía, a la espera, sin buscar nada, pero dispuesta a recibir en su desnuda verdad el objeto que ha de penetrarla». Dionisia, desnudando su alma hambrienta de Absoluto, nos desvela afinidades, no solo literarias, con los grandes místicos que además son grandes poetas. En su lírica encontramos el asombro humilde, el enamoramiento *in crescendo*, la desilusionada audacia expresiva de las almas que se dejan trabajar por el Espíritu, para que se refleje al Verbo interior que pide ser comunicado y pide transformarse en Palabra que ilumina a cada hombre que viene al mundo; quien se acerca a la poesía de García con la humildad de escuchar; libre en su interior de voces vanas y bullicios engañosos, siente su espíritu apaciguado, con una nueva visión de las cosas y con una inédita capacidad de acercamiento al Misterio que en ellas mismas se oculta y se desvela.

Don Donato Coco
Voce di Popolo, 26 de mayo de 2001
(Traducción de Lucía Coco)